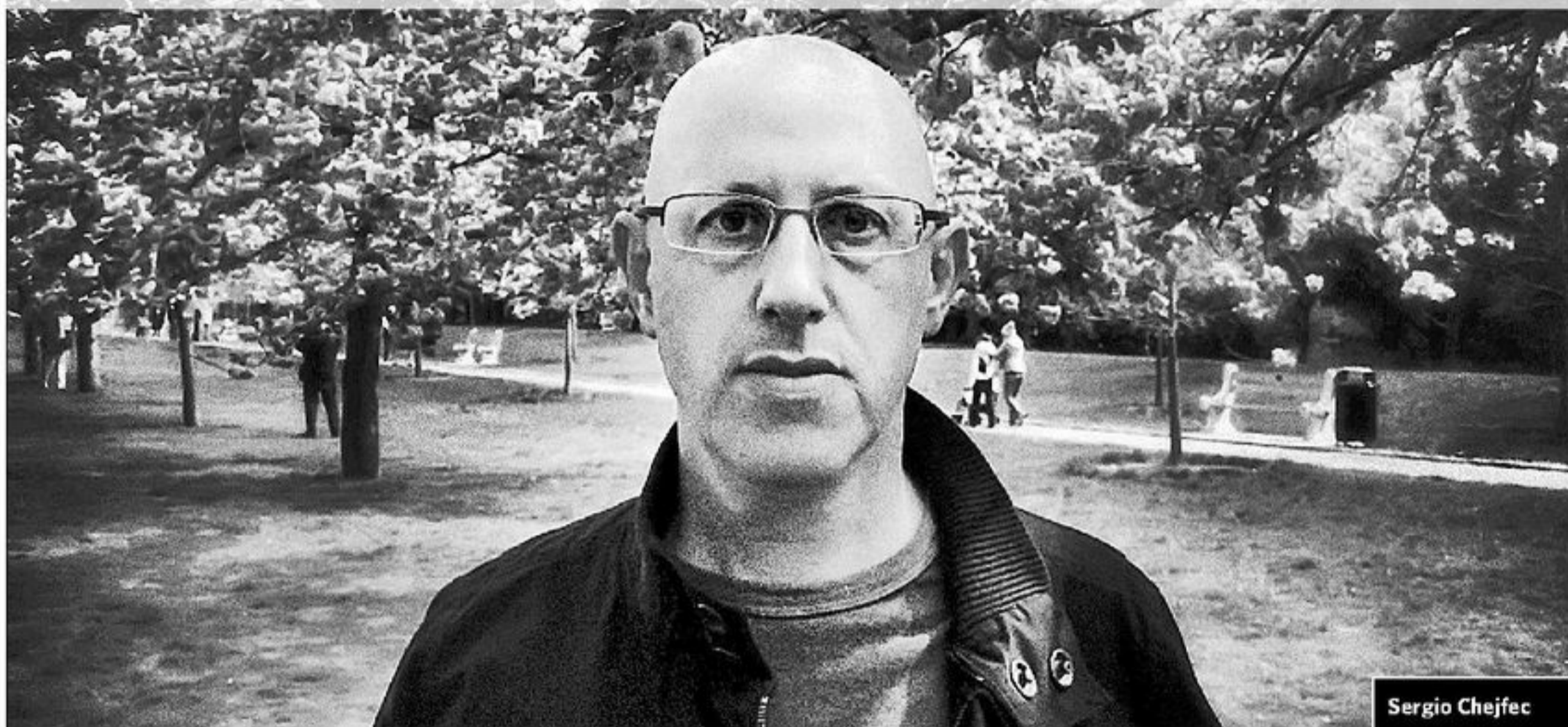


Serie VIII Bienal de Literatura Mariano Picón Salas (I)

CORTESÍA EDITORIAL CANDAYA

“Me gusta sentir temor, angustia y ansiedad frente a lo que estoy escribiendo”



Sergio Chejfec

Sergio Chejfec (Buenos Aires, 1956), autor, entre otros, de los títulos *Lenta biografía*, *El aire*, *Los incompletos* y *Baroni, un viaje*, vino de Estados Unidos, donde ahora reside, a Venezuela en ocasión de la VIII Bienal de Literatura Mariano Picón Salas con una nueva novela publicada por la catalana Candaya, *Mis dos mundos*. La ocasión fue propicia para que *Papel Literario* conversara con él sobre su obra, su exilio y su nuevo libro

Diajanida Hernández G. y Virginia Riquelme

Se dice que la mejor literatura argentina se ha escrito fuera de Argentina. Tú eres un claro ejemplo del exilio voluntario. Ante esta realidad, ¿cómo cree que se relaciona tu obra, escrita desde afuera, con Argentina?

En primer lugar es verdad que hay una gran cantidad de literatura argentina escrita fuera de la Argentina y básicamente por motivos políticos.

Eso fue, digamos, bastante frecuente en el siglo XIX y con intermitencias bastante fuertes en el XX, y el exilio más cercano y más crudo fue el de la última dictadura militar en los setenta y ochenta. Esto también estuvo acompañado por una suerte de exilio por opción que no respondía a que el país te expulsara o por motivos políticos o económicos, sino por una suerte de trayectoria personal o de opciones personales relacio-

nadas con el trabajo o con la familia o con el deseo de vivir afuera, a lo que muchos escritores argentinos optaron; buena parte de los escritores argentinos tendieron a sentirse un poco asfixiados dentro de Argentina. Eso puede vincularse a muchas cosas: un sistema escolar demasiado homogéneo, una cultura oficial argentina un poco rígida y férrea y un sistema de consagración que está entre lo pequeño, lo incompleto, lo bizarro, que está a medio camino; entonces los escri-

tores argentinos vieron con mucha frustración que escribían para un medio que los podía consagrar únicamente hasta determinado punto. Argentina es un país que para unos escritores ilustros puede ser un poco engañoso en el sentido de que promete muchas más cosas de las que termina entregando.

En mi caso, tenía muchos deseos de vivir fuera de la Argentina porque me sentía agobiado, aburrido por un montón de motivos y eso coincidió con una oferta que recibí para trabajar en Caracas. Para mí Venezuela fue el país ideal para escribir. Logré distanciarme de mi país y para mi literatura fue esencial pasar por la experiencia de estar fuera y sin embargo pensar en Argentina cuando escribo cada una de las cosas. Esa experiencia de lejanía es una distancia no solamente física sino también lingüística y emocional. Yo salí a mediados de los noventa, llegué a Caracas en

mayo y justo en ese mes se había publicado mi primera novela, de manera que casi todo lo que he escrito lo escribí en Caracas, aunque nunca publiqué en Venezuela. Esa suerte de inequivalencia, o sea, ser escritor pero publicar en la Argentina y vivir en Caracas; esa falta de coincidencia, o sea, no ser escritor en Venezuela que era el país donde vivía y ser escritor en la Argentina que era el país donde estaba ausente, para mí era provocativo y estimulante, me gustaba ser escritor y no ser escritor al mismo tiempo, cosa que me sigue gustando, porque no me siento un escritor, siento que para mí cada libro es un primer libro y me gusta sentir temor, angustia y ansiedad frente a lo que estoy escribiendo.

Frente a esa movilidad en la que has vivido, ¿cree que hay escritores haciendo una literatura latinoamericana o escritores latinoamericanos haciendo literatura?
Indudablemente hay un

conjunto de textos que tienen algunas coincidencias, pero cada escritor me parece que se vincula de manera más pacífica o más tensa con eso que se propone como clasificación y creo que puede ser similar a la relación pacífica o tensa que cada escritor tiene con su propia literatura, con la propia literatura de su país. Yo no me siento cómodo englobando a varios escritores en una onda o en un grupo, para mí sería un poco forzoso; me parece que hay parte de la literatura latinoamericana que está completamente sintonizada con una serie de cuestiones estéticas y de problemas en cuanto a la complejidad de la representación literaria, que son absolutamente contemporáneas; hay otra literatura que es más tradicional, que tiene todavía una propuesta un poco anclada en lo que sería una especie de post boom, que tiene la idea de reflejar algún tipo de tensión o de realidad vigente, por supuesto a través de mediaciones; y hay otra literatura que cuestiona más los mismos protocolos con los que es escrita y es la literatura con la que yo me siento más cómodo, porque me gusta una ficción que se niega a sí misma, que niega sus propios fundamentos. Me siento más cómodo cuando mi literatura propone un sistema de alusiones a lo real, a lo político, a lo social, a la complejidad del mundo cotidiano pero que no proponen una fórmula para verlo, para interpretarlo, sino más bien un mecanismo para que nuestra reflexión y nuestro lugar en el mundo sea deliberadamente cuestionado. **¿Se mantiene en contacto con lo que se escribe en Argentina y en Venezuela desde Estados Unidos?** Por una cuestión de comunicación me mantengo más al día con lo que se escribe en la Argentina, porque también se publica más. Trato también de mantenerme al día con lo que se publica en Venezuela, aunque me resulta más difícil, porque me da la impresión de que en

Venezuela el sistema está mucho más fragmentado, que no es tan fácil recibir en el exterior las cosas que se publican, hay menos medios críticos y periodísticos, entonces el eco, la resonancia que tiene lo que se produce es menor. Leo muchos poetas de Argentina y Venezuela y tiendo a asociar mucho lo que escribo, si bien básicamente lo que hago es narrativa, con la poesía o con algún tipo de emoción o conmoción que te produce la poesía. **Desde la Bienal pasada, cuando trajiste *Baroni, un viaje*, se ha afirmado que es una de las grandes novelas sobre Venezuela. ¿Cómo te sientes con esta afirmación?** Me siento en primer lugar sorprendido porque nunca tuve la idea de escribir una gran novela ni sobre Venezuela ni sobre nada en especial. Me siento ambiguamente halagado. Es cierto que escribí *Baroni* como una suerte de homenaje al país y también a lo que el país me había permitido vivir y experimentar, y también como una elegía de lo que yo había vivido porque fue lo primero que escribí una vez que dejé Venezuela. Entonces, para mí la obra de Baroni, su personalidad y su figura, fueron una excusa, en el buen sentido, que me permitió reflexionar no solamente sobre un arte que yo admiro mucho, porque es completamente enigmático para mí, porque es muy elocuente y asombrosamente sencillo al mismo tiempo y en el caso de Baroni es sumamente ingenioso pero al mismo tiempo muy fuerte y marcadamente conmovedor. Entonces, para mí fue una excusa perfecta porque no quería que fuera una biografía de Baroni ni una descripción o un homenaje a Venezuela. Me parece que ese es el tono particular con el que yo concibo la literatura: puede convocar temas legítimamente importantes pero no conviene que un tema sea demasiado importante porque va a jugar un papel demasiado explícito en

la narración. Creo que todo tema tiene que ser una excusa para escribir y en definitiva es la misma escritura la que asignándole ese lugar de excusa, paradójicamente, es más hospitalario con el tema porque lo hace jugar dentro de ese sistema de alusiones, de entre dichos, de entendidos, de presupuestos y de zona borrosa en cuanto al significado que propone el texto. Para mí *Baroni* tiene ese tono elegíaco que tiene que ver con la despedida, con la puesta en limpio, con la nostalgia y también tiene ese tono de ofrenda, de homenaje en el sentido más humilde y sencillo de la palabra, es una especie de discurso personal en el que quise describir y analizar en un tono menor lo que quería decir. **Con respecto a *Mis dos mundos*, el libro que te acompaña en esta Bienal —un libro que representa un proyecto complejo, en el sentido que se mueve entre la reflexión y el pensamiento—, afirmaste que no te interesaba describir sino mostrar cómo se describe.** Mi literatura siempre tuvo una reflexión ensayística y reflexiva, mis novelas no avanzan por las acciones que se desarrollan, o más bien, hay algunas pocas o muchas acciones que tienen diferente valor, pero el desarrollo no obedece a la sucesión de acciones, no es una línea que puedes trazar, no puedes delinear un avance. Creo que esa tendencia que tenían las cosas que escribía se pusieron en un primer plano en *Mis dos mundos*, en el sentido que me permitió darle una respiración más reflexiva y ensayística a lo que yo quería decir, cosas que estaban entre la experiencia y la reflexión, a lo que sería algo parecido al desarrollo del pensamiento. No me refiero a una especie de asociación libre sino más bien una reflexión narrada, que el lector pueda seguir tanto los traspiés como los avances, los desvíos, las digresiones de esa conciencia que trata de desentrañar y

trata de encontrar una explicación acerca de lo que está pidiendo o pensando, pero se da cuenta que no puede llegar a ningún juicio definitivo. *Mis dos mundos* describe precisamente las asociaciones y la reflexión alrededor del pasado, de la memoria, del presente, del futuro relacionado con problemas más o menos convencionales para todos como herencia, posteridad, legado, cómo nos relacionamos con lo social, con los paisajes que no nos pertenecen, cómo pensamos la ciudad, cómo nos relacionamos con la naturaleza. Como decía con *Baroni*, fue esa caminata por esa ciudad brasileña y la idea de un cumpleaños mío las que se constituyeron como excusas ideales para hacer la novela, y al mismo tiempo, estas ideas sobre naturaleza, ciudad, sociedad fueron a su vez excusas para describir ese parque, esa ciudad y mis propios sentimientos respecto del cumpleaños. Tengo la impresión de que hay un sistema muy interrelacionado entre excusas, motivos, sentidos e intenciones. Para mí la utopía mayor en términos literarios es que el lector hipotético no sepa muy bien ante qué tipo de texto está y que no sepa muy bien qué es lo que quiero decir. Incluso, cuando escribo, hay un momento en que la narración adquiere un tono, un ritmo, una gramática interior y ese es un momento de mucha omnipotencia, en el sentido en que te sientes muy feliz porque sientes que cualquier cosa será resistida por el texto. Cuando escribía *Mis dos mundos* o *Baroni* me sentía muy contento con esto porque creía que era la música de la narración la que me daba la mayor libertad, y esa suerte de omnipotencia para poner lo que quieras es el colmo de la felicidad literaria porque le echas toda la responsabilidad al lector. **Durante tu ponencia sobre el lugar del escritor que leíste en la Bienal dijiste que algunas veces quieres comen-**

zar de nuevo, revisar lo que está escrito. ¿Esta es una preocupación reciente o siempre ha estado latente? Cuando empiezo a escribir algo nuevo se produce en mí una angustia, quitándole toda la connotación melodramática a la palabra, una suerte de incertidumbre, más bien, respecto a lo que voy a escribir y a cómo va a terminar resultando. También es cierto que, inevitablemente, cuando va pasando el tiempo, los libros publicados arman un sistema aunque tú no lo hayas concebido de esa manera. Entonces, ¿qué pasa en ese momento cuando percibes que aunque te quieras deslazar de un montón de cosas, porque sientes que lo que has escrito condiciona de alguna manera lo que vas a escribir y cómo va a ser leído? ¿Qué pasa cuando quieres borrar, quieres volver a tener la experiencia de ser un escritor que no tiene nada detrás? Porque los primeros libros tienen eso de bueno y de complicado, que se escriben sin ningún presupuesto, tienes que volcar todo en un primer libro porque no hay sobreentendidos y prelectura que condicionen nada. Pero a mí me interesa proponer esto como una especie de ficción problemática, una ficción ambiguamente teórica: ¿qué pasa cuando un escritor quiere comenzar de nuevo? ¿A qué tipo de problemas se tiene que enfrentar? Son problemas que tienen que ver con la técnica, pero también con su propio mito de escritor y con su propio lugar. Es una utopía imposible, pero en muchos casos puede llegar a ser productiva porque es una sensación que te puede permitir distanciarte un poco de los mismo mecanismos que has desarrollado y que muchas veces automatizan cómo concebir los libros. 